

CARTA/ DE MUJERES



ESTHER. — «Una circunstancia imprevisible me colocó frente a él. Nunca le había visto... Me habló de su vida sin ensueños, me descubrió su corazón desencantado... Dijo que el influjo de mis ojos había abierto en el camino en sombras de su vida, una huella de ilusión. Había conocido a muchas mujeres, pero había hallado en mí a la «única».. Luego, bajo las sombras de los árboles de aquella calle, me juró que me amaría siempre. No me lo dijo con esas mismas palabras, pero me lo dio a entender finamente... Y luego, cuando nos despedíamos, estrechando mi mano, me dijo estas palabras: «Hubiera deseado no haberla conocido... Se va usted ahora y me quedo yo aquí con la carga de todas estas ilusiones agregadas a las tristezas de mi vida...» Y nos separamos. Yo fui hacia un lado; él hacia otro, y nunca más nos volvimos a ver. Una desgraciada circunstancia hizo que el destino torciera el propósito de verle de nuevo... Pasó de esta manera el tiempo, casi dos meses. Sobre mi alma pesa este grave delito, imputable solamente a la fatalidad... ¿Cree usted que en realidad él pudo haberse enamorado de mí de esa manera, y en una única y breve entrevista?»

Hasta aquí párrafos trancos de esa larga carta suya en la cual ha destilado su espíritu. ¿Que opino yo de todo eso? Pues. que tal vez pasó por su lado, en esa «única y breve entrevista», el amor. Quizá usted dejó allí, efectivamente, un gran dolor para toda la vida. O, tal vez, fué esa «circunstancia imprevista» el más dulce recuerdo que usted grabó en el corazón de un hombre. Fuéronse por caminos distintos, siguiendo la ciega sabiduría del azar, que quiso abrir con ese encuentro una brecha de melancolía. No creo oportuno llegar al detalle de cómo podría usted hacer justicia

en ese delito que no debe pesar sobre su corazón, sino sobre la casualidad. Si el amor les detuvo a ustedes un instante y luego deshojó esa flor de ilusión sin piedad y sin remedio, el amor también cumplió una de sus leyes de equilibrio. Luego de esos dos meses que han transcurrido, llegarán otros más, y pasarán los años adentrándose en el rodar de la vida. Y un día cualquiera, cuando otro amor más firme le haya robado todos sus sueños, en la placidez de una noche estrellada, o en mitad de un insomnio prolongado, quizá el recuerdo de esa entrevista se presente como un perfume lejano y traiga una frase a sus labios: «¿Qué será de aquel hombre que hubiera deseado no conocerme nunca?» Y, tal vez, en ese mismo instante— ¡vaya a saber bajo qué constelaciones!—, un hombre saque del fardo de todas sus tristezas el bello recuerdo de una mujer que pasó por su vida.

* * *

CAMPANILLITA. — «Yo hubiera querido que usted se hubiera acercado a «él», para que comprendiera por qué y por quién Campanillita ha de claudicar de todas sus cosas. Es un hombre fuerte, lleno de vida, espiritual, inteligentísimo y bueno: ¡un hombre de verdad! ¡Y yo que creí que no habría de agitarse a este pobre corazón! ¿Y ahora, qué hago? ¿Cómo rompo bruscamente con este pasado horrible, que no tiene para mí ni un solo recuerdo amable? ¿Cómo cierro los ojos y dejo alejar de mí todo lo que ha de ser mi dicha? ¡Qué horrible es todo esto! Si al menos usted estuviera a «mi vera». Si tuviera siquiera el consuelo de nuestras lindas charlas..., ¡pero nada! Estoy sola y dolorida y no tengo a quién confiarle mi tristeza.

»¿Verdad que esto no puede ser así? ¿Verdad que yo debo saltar sobre todo para alcanzar la dicha? ¡Hasta eso había de tocarme a mí: romper, quebrar una felicidad para hacer la mía...! Escribame pronto, dígame todas esas cosas buenas que usted dice y que me hacen tanto bien.»

Don CONSEJILLOS.

ILUSTRACIÓN CASTELLANA llega a todos los Centros de Cultura y Casinos de España, por lo que el anuncio adquiere extraordinaria publicidad y provechosos beneficios.

DEL CUENCA TIPICO



Calle de los Canónigos

APUNTE DEL NATURAL DE LAM